(CUATRO PLIEGOS.)

HISTORIA

DEL ESFORZADO CABALLERO

PIERRES DE PROVENZA, Y LA HERMOSA MAGALONA.

Madrid: 1852.

Imprenta de D. José María Marés, calle de Relatores, núm. 47.

R. 576

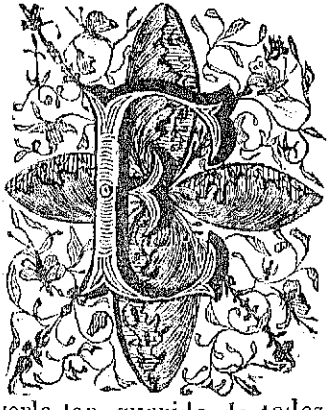
HISTORIA

DE

PIERRES Y MAGALONA.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento, patria y educacion de Pierres de Provenza.— Pide licencia á sus padres para salir á ver mundo, y se la concedieron.



N un pueblo de la Provenza vivia un noble conde llamado Juan de Selisa, casado con una hermosa matrona, hija del conde D. Alvaro, de cuyo matrimonio tuvo un hermoso hijo á quien pusieron por nombre Pierres, á el cual dotó la naturaleza de las mejores y mas relevantes prendas, y sobre todo era el mas esforzado caballero de aquella provincia. Amábanle sus padres tiernamente, tanto por ser único, como por verlo tan querido de todos, asi nobles como plebeyos.

Dispusieron los amigos y apasionados de Pierres un torneo por verlo en el manejo de las armas, en el cual hizo tales y tan grandes proezas, que á voto de todos los jueces ganó cuantos premios se compitieron; y como á este torneo vinieron varios caballeros de diversas tierras, uno de ellos le dió noticia á Pierres de unas justas, que dentro de poco tiempo se habian de hacer en Suecia, en las

que se habia de hallar la hermosa Magalona, hija del rey Turlino, cuya dama era la mas hermosa y agraciada que habia en el mundo, y era pretendida de muchos príncipes y esforzados caballeros.

Mucho deseo puso este caballero en el corazon de Pierres de ir á estos torneos, tanto por la mucha aficion que tenia á las armas, cuanto por ver la hermosura de la Magalona que tanto le encareció, y asi le dijo Pierres al caballero: creo que allá nos veremos, pues si mi padre no me dá licencia para ir al descubierto como caballero, iré en clase de aventurero.

Con esto se despidió el caballero, y llegado el tiempo del torneo, se determinó Pierres á pedir licencia á sus padres para ir á él; y estando un dia paseándose juntos por el jardin, se hincó Pierres de rodillas delante de sus padres, y con mucho encarecimiento y humildad les pidió la licencia que solicitaba; y oida por el conde su pretension, le dijo: muy caro y amado hijo mio, bien sabes que no tenemos otro hijo mas que tú, que eres el heredero de todos nuestros Estados, y que te amamos con singular afecto; por lo cual yo no quisiera que te apartaras un instante de mi presencia, pues luego que te ausentas me parece que no te he de volver á ver: yo quisiera que fueras por darte gusto, pero me temo algun infortunio, y si te sucediese, por desgracia, al punto acabaria con mi vida. Con muchos afectos y ánsias volvió á pedirle Pierres á su padre le otorgara lo que le suplicaba; y viendo el conde á su hijo Pierres arrodillado á sus pies, no tuvo valor para negarle la licencia que le pedia, y asi le dijo: Pierres, te concedemos tu madre y yo la licencia que nos pides, con tal que en todos los casos te portes con la decencia y esplendor que á tu nacimiento corresponde, cuidando mucho de acompañarte con buenos caballeros y huir de los malos; y asimismo te encargo encarecidamente te portes en todas tus operaciones como buen cristiano, guardando con todo el cuidado posible los preceptos de nuestra santa Fé católica, que haciéndolo asi todo saldrá con felicidad; tambien espero de tu obediencia y buena crianza, no dejarás de escribirme todo lo que te suceda; y que no te detendrás mas tiempo del que fuere preciso. Esto te ruego como amigo y te mando como padre: mañana puedes elegir los criados que mas te gusten para que te acompañen; y asimismo las armas y caballos que quisieres, como tambien el dinero, joyas y vestidos que mas te agraden.

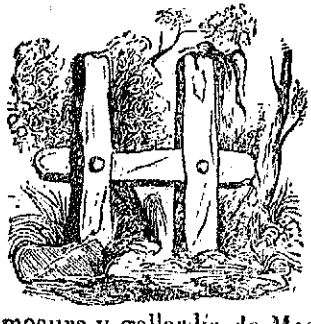
Muy atento estuvo Pierres arrodillado delante de su padre oyendo cuanto le decia; y luego que acabó el conde su razonamiento, besóle Pierres la mano, y le dió las gracias por la

merced que le acababa de conceder. La condesa, su madre, lo abrazó estrechamente, y le dió tres anillos de muchísimo valor, reiterándole con muchas lágrimas cuanto su padre le habia dicho.

Al dia siguiente eligió Pierres criados, armas, caballos, joyas y dinero, y muy bien armado se fue á despedir de sus padres; los cuales con muchas lágrimas le echaron la bendicion y le volvieron á encargar no se olvidara de escribirles dándoles cuenta de todas sus aventuras. Pierres les ofreció hacerlo asi, y despidiéndose del conde, la condesa y demas familia dió principio á su jornada. Pocos dias tardó Pierres en llegar á Suecia, y habiendo entrado en la Córte, se informó con mucho cuidado y reserva de las cualidades y hermosura de Magalona, y de quiénes eran los caballeros aventureros que habian venido al torneo; de cuyos informes entendió que en hermosura, afabilidad y virtudes no tenia la hermosa Magalona quien la igualara en el mundo; y con respecto á caballeros, supo que habia muchos y esforzados; pero que con especialidad se llevaba las atenciones del rey Turlino y de la hermosa Magalona un caballero llamado Michér de Carpona, el cual era el mas valeroso y galan que se habia conocido en aquellos paises.

CAPITULO II.

Pierres concurre en Suecia á unas justas, en las cuales ganó todos los premios.=Queda prendado de la hermosura de Magalona.



ABIENDOSE informado Pierres, de cuanto quiso saber, se acomodó paseando por la Córte ocho dias que quedaban hasta el de las justas, en cuyo tiempo tuvo ocasion de ver á la hermosa Magalona que en una carroza salia á pasear y divertirse con su madre y otras damas. Atónito, como fuera de sentido quedó Pierres al ver la estremada hermosura y gallardía de Magalona: y de tal forma le robó las potencias y sentidos, que sin poderlo resistir le entregó todo su afecto. Tan

perdidamente enamorado estaba mirando á su idolatrado dueño, que sin reparar la nota que daba, dió lugar á que muchos conociesen su aficion.

Retiróse la carrera, y Pierres se fue á su posada tan enamorado de Magalona, que no pensando en otra cosa mas que en ella, apenas hablaba palabra que no fuera en alabanza de su querida Magalona, deseando que llegára el dia de las justas para volverla á ver. Llegó el dia señalado, mandó Pierres enjaezar diez caballos con muy lucidas armas y costosísimas cubiertas de brocado verde, que significa esperanza, los que entregó á diez criados que le servian vestidos del mismo color, y él tomó para sí un poderoso caballo, y armados con muy fuertes y costosas armas y un morrion dorado, en el cual puso dos llaves por divisa, se fue al sitio señalado para las justas. Entraron en la plaza, en la cual estaba á un lado de un respetable catafalco la hermosa princesa Magalona, vestida de costosísimas galas, sentada bajo un hermoso pabellon guarnecido de preciosísima pedrería: estaba tan hermosa que mas parecia ángel que criatura humana, acompañada del rey, la reina y veinte hermosas damas que la servian.

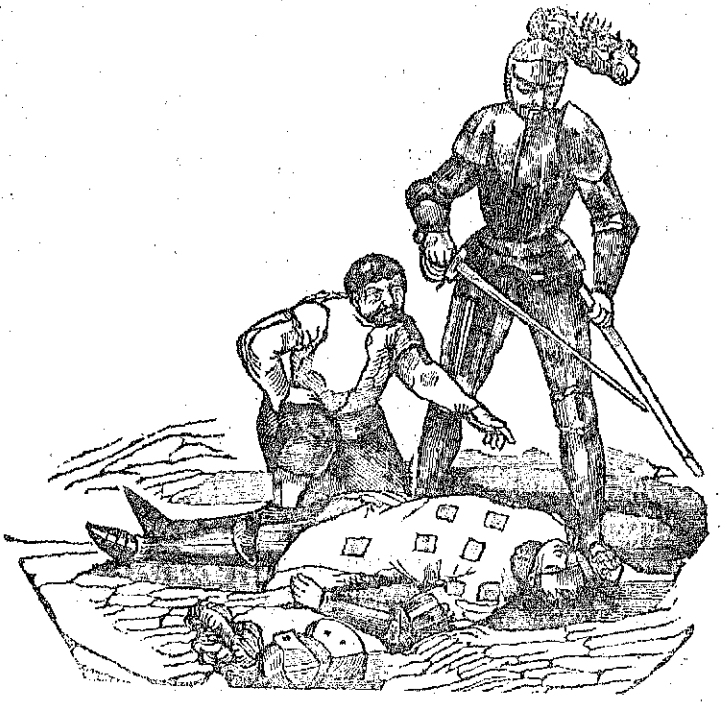
Cerca de este catafalco habia otro no menos costoso, en el cual estaban los jueces que habian de sentenciar la justa: á otro lado habia un palenque, donde estaban doscientos caballeros que eran los mantenedores de la justa; y al lado contrario estaban doscientos aventureros, á los cuales se arrimó Pierres.

Puestos todos en órden hicieron la señal del combate, á la cual no atendió Pierres por estar distraido en mirar á la hermosa Magalona, y reparando uno de los mantenedores que Pierres estaba descuidado, se fué á él; mas Pierres le esperó, y fue tan grande el bote de lanza que le dió, que pasándole el escudo le atravesó el pecho, de cuya herida cayó muerto en tierra. Por vengar esta muerte se vino á Pierres otro de los mantenedores, pero no fue mas afortunado que el primero, pues fue tan fuerte el encuentro, que Pierres le derribó del caballo. A este desempeño salió otro, y haciéndole la señal á Pierres que se apartára de los demas compañeros, fueron tan récios los encuentros que ya no podian los caballos; pero Pierres le dió un tan fuerte bote de lanza, que falseándole el escudo lo pasó por medio del cuerpo y llegó la lanza á las ancas del caballo: con cuyos golpes y hazañas se llevó el aplauso de todos los circunstantes, y á una voz decian, que el caballero de las llaves se llevaba lo mejor de la justa.

Mucho miraba la hermosa Magalona al caballero del trage verde y las llaves, y decia á sus damas: si este caballero

es tan galan á pie como lo es á caballo, desde luego puede asegurarse que es el mejor que hay entre los de la justa.

Viendo otro de los mantenedores que Pierres llevaba lo mejor del combate, salió á él con mucho denuedo por vengar los descalabros causados á sus compañeros; y viéndolo delante del palenque se fué para él con una gruesa lanza: Pieres que lo vió venir salió, y se encontraron con tanta fuerza que ambos quebraron las lanzas sin reconocer ventaja en ninguno, y metiendo mano á las espadas, fueron tantos y tan recios los golpes que se tiraban, que ya cansados los caballos apenas los podian manejar. Viéndose en este estado echaron pie á tierra, á los primeros encuentros le tiró Pierres á su competidor tan fuerte revés en un brazo, que cercenada



la mayor parte de él, era tanta la sangre que le salía de la herida, que ya sin fuerza cayó como muerto en tierra, en cuyo estado acudió un page suyo á socorrerle.

A este tiempo los demas caballeros aventureros y mantenedores trabaron tan cruda y sangrienta batalla, que de una y otra parte murieron muchos. Viendo esto Pierres puso mano á su espada, y entrándose por sus enemigos como un leon furioso, fueron tales y tan grandes los golpes que daba á todas partes, que atemorizados los contrarios en vista de tanto arrojo ya no le esperaban ni se atrevian á hacerle frente.

Muy cuidadoso andaba Pierres en socorrer á los que de su parte veia en mas peligro; y reparando en que á Michér de Carpona lo tenian cercado mas de veinte contrarios para quitarle la vida, se fue hácia ellos apretando la espada en la mano, y fueron tantas las cuchilladas y reveses que tiró, que matando á muchos é hiriendo á todos, sacó del peligro á Michér de Carpona con cuyo motivo quedaron muy amigos en adelante.

Tan desesperadamente peleaba Pierres ayudado de Michér que en breve tiempo destrozaron y desbarataron el partido contrario, de tal forma, que ya no habia ninguno que se les pusiera delante, con cuyo motivo cesó la justa, y declararon los jueces haber ganado todo el premio de ella el esforzado Pierres, á quien todos los caballeros aventureros dieron mil enhorabuenas y plácemes. Retirándose del catafalco el rey, la reina, Magalona y los jueces, Pierres acompañado de toda la nobleza, con muchos vítores y festejos se fue á su posada, dejando al rey, á la reina y á la hermosa Magalona tan enamorados de su mucha gallardía y esfuerzo como á cuantos le habian visto.

CAPITULO III.

El rey convida á comer á Pierres, y cita que se dieron este y Magalona para el jardin, donde se vieron y hablaron muchas noches.

AN prendado quedó el rey Turlino del esfuerzo y gallardía de Pierres, que para festejarlo quiso convidarlo á comer á su mesa el dia siguiente; y asi le despachó un mayordomo haciéndole el convite. Pierres lo aceptó, y á la hora señalada se fue al palacio, donde le recibieron con mucha magnificencia, y llegados al salon destinado para el banquete se sentaron en las mesas, en las cuales estaba el rey, la reina y la

hermosa Magalona; pero Pierres, llevado de la hermosura de su querida Magalona comia muy poco, pues no quitaba la vista de su rostro. Luego que se levantaron de las mesas dieron principio á algunas conversaciones de las pasadas justas, y entre ellas le preguntó el rey á Pierres, qué clase de persona era y de qué nacion. A lo que respondió el provenzano: yo, señor, soy un pobre caballero de nacion francés, que ando por el mundo buscando aventuras. Conociendo el rey que ocultaba su verdadero nombre, y que segun su porte y esfuerzo era de mucha mas elevada clase de lo que él decia, no quiso volverle á preguntar nada sobre esta materia; pero mandó secretamente á sus mayordomos tratasen de averiguar por todos los medios posibles quién era aquel caballero.

Concluida la conversacion se dió principio á un magnífico sarao, en el que danzaron con mucha gracia Pierres y Magalona, la cual con todo el sigilo posible tuvo maña para decir disimuladamente á Pierres que ella proporcionaria sitio y ocasion en que pudieran hablar largamente; y acabado el sarao se retiraron á sus aposentos la reina y Magalona, y despidiéndose Pierres de las personas reales, se marchó para su posada.

Tan enamorados quedaron, Pierres de su querida Magalona y ella de su apasionado Pierres, que no podian vivir sin verse, ni sosegar sin hablarse, y viendo Magalona que era imposible conseguir lo que tan de veras deseaba sin valerse del favor y ayuda de alguna de sus criadas, determinó servirse del ama que la habia criado, á la cual encarecidamente la contó sus amores, suplicándola con mil ánsias y ofrecimientos la ayudase en tan importante asunto. El ama, aunque al principio se resistió algo, al fin con los ruegos y lágrimas de Magalona ofreció hacer cuanto estuviera de su parte; y asi disfrazada fue á buscar á Pierres y le dijo que á las doce de la noche siguiente lo esperaba por la puerta falsa del jardin, en cuyo sitio estaria ella, y con el sigilo correspondiente lograria ver y hablar á Magalona. Mucho agradeció Pierres esta noticia, y despues de haberla dado al ama una joya de mucho valor en justa recompensa de tan interesante servicio, la dijo que sin falta estaria en dicho sitio á la hora señalada.

Llegada la noche y la hora citada, se fue Pierres hácia el dicho sitio, y hallando la puerta abierta entró en el jardin, donde efectivamente encontró al ama, la que le llevó á una hermosa fuente, donde estaba esperándole su querida Magalona, la cual le recibió con mucho amor y cortesía, y antes de dejarle hablar le dijo Magalona si le daba palabra á fé de caballero de decirla la

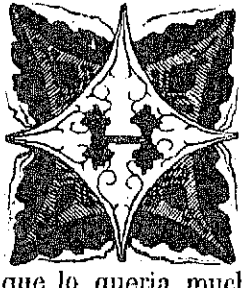
verdad en cuanto le iba á preguntar. Pierres con mucha política la prometió que sí, en cuyo supuesto le preguntó Magalona, cómo se llamaba, quiénes eran sus padres y de qué provincia era. A lo que respondió Pierres: señora, yo soy hijo del conde de Provenza y natural de la provincia de este nombre, y cuando salí de ella hice firme propósito de no decir á nadie mi nacimiento, ni de qué linage era; pero no pudiendo negarlo á vuestra alteza, he quebrantado el propósito que tan firmemente hice, con la confianza de que no lo revelareis á nadie, guardando religiosamente el secreto.

Magalona ofreció guardárselo; y en estos y otros dulces y amorosos coloquios pasaron el resto de la noche; y antes de despedirse le dió Pierres á Magalona un hermoso anillo en señal de su afecto, y Magalona dió á Pierres una hermosa cadena de oro en confirmacion de que aceptaba el anillo.

En esta forma se vieron y hablaron mucho tiempo, hasta que la fortuna quiso privarles por algunos dias de los placeres y glorias que disfrutaban, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO IV.

Gana Pierres los premios de otras justas que se hicieron, por haberse presentado un caballero pretendiendo la mano de la hermosa Magalona.



Habia en Suecia un noble y rico duque, tan esforzado como galan, al cual llamaban Jorge de la Colona, este caballero amaba con mucho estremo á la hermosa Magalona, y viendo que sus finezas no hacian el efecto que él apetecia, para ver si la podia obligar con su esfuerzo y valentia, pidió al rey le hiciera la honra de publicar unas justas: el rey, porque lo queria mucho, se lo otorgó y señaló dia. Fueron pregonadas dichas justas, á las que no podia dejar de asistir Pierres como privado y querido del rey, el cual quiso que este ajustara los partidos y pusiera los capítulos y condiciones que en dichas justas se habian de observar, con cuyo motivo tenia que asistir

á palacio todas las noches para evacuar los encargos que el rey le habia confiado; cosa muy bastante para impedirle el trato y comunicacion con su querida Magalona, la cual estaba muy pesarosa de la comision que su padre el rey habia dado á Pierres; pues por estas ocupaciones carecia de verle y hablarle; y asimismo sentia verle en la obligacion de tener que mantener durante el torneo los tratados y condiciones que pusiera, de cuya comision le podian resultar muchos disgustos y pendencias; pero como ni uno ni otro podian remediarlo, les fue preciso el conformarse con ello.

Llegado que fue el dia aplazado se presentaron en la capital de Suecia muchos esforzados y bizarros caballeros, entre los cuales vinieron varios príncipes de distintas naciones, y entre estos un hermano del conde de Provenza, tio de Pierres, el cual sin saber que estaba allí su sobrino quiso hallarse en estos torneos. Ya todo prevenido con la ostentacion y magestad que antes se ha dicho, fueron entrando todos los caballeros en la plaza, y haciendo la debida reverencia al rey, á la reina y á la princesa Magalona, fue cada uno ocupando su respectivo puesto. Despues entró Pierres el último, vestido del mismo color que en las anteriores justas, pero con distintas ropas y diversas libreas en sus criados; las armas eran tambien otras, y en el morrion traia las llaves que se le habian visto antes. Paseó la plaza con tanta bizarría que se llevó el afecto de todas las damas, y en particular el de la hermosa Magalona, que no dejaba de mirarlo.

Viendo el rey que todo estaba aprestado, mandó hacer la señal del combate, y hecha que fue se presentó el primero Jorge de la Colona como motor de aquellas justas, y dijo en alta voz: el que fuere osado á combatirse conmigo, que salga á la demanda, que aquí le espero. Salió á él don Enrique de Canturria, que era muy buen caballero; pero teniendo menos dicha que valentía, á los primeros encuentros cayó en tierra mal herido. Salió en seguida al desempeño don Lanzarote de Valois, y derribando del primer encuentro á Jorge de la Colona por haber tropezado su caballo, quiso don Lanzarote herir en tierra á Jorge contra las leyes y capítulos que se habian puesto en el torneo; mas salió Pierres á la defensa, pero no atendiendo Lanzarote á los cargos que le hizo Pierres, se vino á él con lanza en ristre para herirle; Pierres le esperó, y fue el encuentro tan fuerte que no pudiendo resistirlo los caballos cayeron de ancas y quedaron ambos á pie. Viendo el rey que la falta habia estado en los caballos, mandó que tomaran otros y siguiesen el combate: hízose como el rey lo

mandó, y siguiendo la demanda fueron muchos los encuentros y golpes que se dieron, sin reconocerse ventaja en ninguno. Viendo Pierres el mucho esfuerzo de su competidor, apretó la lanza en la mano y arremetió á Lanzarote con tanta ferocidad, que no pudiendo resistir el encuentro, falseándole el escudo le hirió Pierres tan malamente en un muslo que desangrado cayó en tierra mortal.

Mucho se holgó de esta victoria la hermosa Magalona, que con no poco cuidado y pena estaba contemplando el grande riesgo en que se hallaba su querido Pierres por ser Lanzarote de los mejores y mas esforzados caballeros que se conocian en aquel reino.

Don Jaime de Provenza, tio de Pierres, teniendo por muerto á su amigo Lanzarote, muy colérico salió contra su sobrino sin conocerle. Cuando Pierres vió que su tio venia hácia él, le dijo á uno de los caballeros mantenedores: decirle á ese caballero, que yo no tengo por conveniente combatir con él, por haber recibido de su mano muchos y grandes favores, por cuyo motivo no le quiero ofender, y que estoy pronto á confesar delante del rey y de las damas que es mejor y mas valiente que yo.

Entendido por don Jaime lo que decia su sobrino Pierres, respondió: decid á ese caballero, que los placeres ó favores recibidos en tiempo de paz no se oponen al duelo de la guerra; que el confesar que soy mejor caballero que él sin que lo acrediten mis hechos, mas es infamia que honor; y asi que se aperciba para el combate, pues si no lo hace, aunque esté indefenso le he de matar; y diciendo esto se vino para Pierres, el cual no queriendo herir á su tio, levantó la lanza y recibió tan fuerte golpe en el pecho que cayó de espaldas sobre las ancas de su caballo. El rey, los jueces y todos los circunstantes conocieron muy bien que Pierres no habia querido herir á su contrario; y considerando el rey que el no haber querido combatirse con él seria por algun secreto motivo que se lo impidiese, mandó cesar el combate entre los dos y que siguiera la justa, la cual se ensangrentó de una y otra parte tan fuertemente que murieron muchos caballeros.

Desde aquel momento se hizo el combate mas terrible; esforzados campeones de uno y otro partido, como se ha dicho, yacian cadáveres en tierra, y la mayor parte de los restantes estaban heridos. La vista de los muertos infundia nuevo valor y despecho en sus compañeros, cuyas miradas á través de las entreabiertas viseras lanzaban una luz semejante á la del relámpago, precursor de la tormenta. Conociendo los caballeros mantenedo-

res que Pierres era el mas temible de sus contrarios, unieron contra él sus principales esfuerzos, y nada menos que tres caballeros cerraron con él en lucha desigual. El poderoso provenzano, no obstante, parecia indiferente á los golpes que volaban al rededor de su cabeza, y los contestaba con la misma destreza y rapidez que los recibia.

Entretanto don Jaime de Provenza, enojado de no haber acabado el combate con su desconocido sobrino Pierres, andaba entre los contrarios como un leon sangriento, hiriendo y matando cuanto alcanzaba, lo cual visto por Micher de Carpona, por vengar el agravio hecho á su amigo Pierres, se fué á él y del primer encuentro le derribó del caballo herido de muerte. A este tiempo desembarazándose Pierres de entre sus enemigos, conseguia tales y tan grandes ventajas, que ya no habia quien se le pusiera delante, con cuyo motivo mandó el rey que se acabasen las justas, y que á voz de pregonero se publicára que el caballero de las llaves habia ganado todos los premios y honras del torneo. Los caballeros se fueron á sus posadas muy confusos por no poder saber quién era aquel caballero que con tanta cortesía, gala y valor habia ganado toda la honra del torneo. A su palacio se retiró el rey, la reina y la hermosa Magalona, la cual estaba frenética y cada vez mas enamorada y gustosa de ver las muchas hazañas que habia hecho su querido Pierres, al cual convidó á comer otra vez el rey al dia siguiente, y á presencia de toda la córte le hizo muchas honras y mercedes, diciéndole: no puedo menos, noble campeon, de daros la mas completa y satisfactoria enhorabuena, por el valor y bizarría que habeis manifestado en las justas: y desde ahora sereis considerado con el respeto y veneracion que mereceis, como el mejor caballero de cuantos se han presentado en el campo: de cuyos obsequios se alegró mucho Magalona.

CAPITULO V.

Saca Pierres una noche del palacio á la hermosa Magalona, y el rey despacha muchas postas en su seguimiento.

OSEGADO ya el palacio y la córte de la agitacion y alborozo de las justas, tuvo lugar Pierres de volver á ver y hablar á la hermosa Magalona, la cual le dió mil parabienes por lo bien que habia desempeñado las justas; á lo cual le respondió Pierres, que todo lo debia á su mucha hermosura, y no al esfuerzo de su brazo. En estos y otros amorosos coloquios pasaron muchos dias y noches: y al cabo de algun tiempo, viendo Pierres que el rey no determinaba dar estado á Magalona, le dijo á esta un dia (por ver lo que decia ella) que determinaba con su licencia ausentarse de la córte por unos dias á dar la vuelta á su casa y visitar á sus padres, á los cuales los juzgaba muy deseosos de verlo y que en muy breve tiempo daria la vuelta.

Confusa se quedó la hermosa Magalona al oir lo que Pierres le decia, y aunque consideraba ser justa la causa de su partida, con todo no se quiso conformar con dejarlo ir quedándose ella, y determinada á seguirle, le dijo: á mejor partido tomaré irme contigo (bajo palabra que como buen caballero me tienes dada de ser mi esposo) que quedarme sola, por muchos motivos, y el principal es porque sé que mi padre tiene tratadas mis bodas con quien yo aborrezco.

Muy contento y satisfecho quedó Pierres con la determinacion de Magalona, y la dijo: nunca pensé, señora mia, merecer de vos favor tan singular; pero supuesto que estais determinada á seguirme, yo os empeño segunda vez mi palabra, bajo la ley de caballero que profeso, de celebrar con vos mis bodas luego que lleguemos á los dominios de mis padres, y hasta entonces guardar y custodiar vuestro honor, segun y conforme lo tengo ofrecido. Ya rayaban los primeros albores de la aurora, con cuyo motivo se despidieron los dos finos amantes, dejando concertada su partida para la noche siguiente.

Retirado Pierres á su posada previno todo lo necesario para la jornada, y llegada la noche y hora señalada se fué hácia el jardin, cuya puerta halló cerrada, pero asomándose su querida Magalona por una ventana baja del palacio, le hizo seña con un pañuelo y Pierres la tomó por la mano para bajarla,

y con el sigilo que el caso pedia, montaron en dos ligeros caballos que de antemano tenian dispuestos, y caminaron con tanta prisa que cuando amaneció estaban á ocho leguas de la córte. Retiráronse para pasar el dia á un espeso y oculto monte, en el cual estuvieron con mucho gusto hasta que llegada la noche siguieron su camino.

Dejémoslos ir y volvamos á ver lo que sucedió en palacio luego que se supo la ausencia de Magalona, Llegada la mañana pasó el ama, como lo tenia de costumbre, al retrete de Magalona; y no hallándola en él anduvo por todo el palacio buscándola; bajó al piso bajo y hallando una ventana abierta se certifi-

ció en que su señora se habia ausentado del palacio aquella noche. Pasó á los cuartos del rey, y con muchas lágrimas y esclamaciones le contó lo que pasaba. Colérico y enojado el rey con la noticia, mandó que luego al punto salieran postas por todos los caminos, y que donde quiera que la hallaran, así á ella como á los que la acompañáran los detuvieran y trageran presos á su presencia, ofreciendo grandes premios al que consiguiera esta prision Salieron los postas y recorrieron todo el reino sin poder hallar ni aun noticia del rumbo que habian llevado, por lo cual el rey se enojó sobre manera y ofreció nuevos premios al que le diera noticia de su hija Magalona; pero todo en vano, pues no fué posible descubrirla.

CAPITULO VI.

Estando Pierres y Magalona á la orilla del mar, una ave de rapiña se llevó una cinta con tres anillos de Magalona, y por recobrarla Pierres se entró en la mar y le cautivaron los moros llevándole á Constantinopla.

Con indecible gusto caminaron estos dos finos amantes tres noches, y al cuarto dia determinaron pasarlo en una hermosa alameda que estaba cerca de la orilla del mar; en cuyo frondoso y deleitable sitio se apearon de los caballos, y despues de haber tomado algun alimento, rogó Pierres á Magalona se recogiera á descansar un poco, pues con las tres noches que habia caminado estaba fatigada por la falta de sueño. Magalona á ruegos de su querido Pierres determinó descansar, y para hacerlo se quitó del cuello una hermosa cinta encarnada, en la cual llevaba pendientes los tres hermosos anillos que su madre dió á Pierres al tiempo de su partida, los cuales le habia regalado Pierres á Magalona: esta se los quitó como se ha dicho, y poniéndolos sobre una piedra se recostó á descansar. Quedóse dormida, y á poco rato reparó Pierres que una ave de rapiña se llevaba en las garras la cinta con los tres anillos, tal vez engañada por ser la cinta de color encarnado pensando era carne lo que rapiñaba; púsose en uno de los álamos que estaban

á la orilla del mar, y desengañada de que lo que tenia en las garras no era carne, soltó la cinta, la cual llevada de un fuerte viento que corria fué á parar dentro del mar.

Atento estuvo Pierres al suceso, pensando cómo podria sacar la cinta; empezó á discurrir y andar de una parte á otra sin hallar medio para poder llegar al sitio donde estaba la cinta que se divisaba sobre el agua; y reparando que á poca distancia habia á la misma orilla una barquilla que parecia ser de pescadores, se fue á ella, y tomándola la dirigió como pudo hácia donde estaba la cinta, á la cual no pudo acercarse como en un principio creyó, pues el mucho viento que corria lo metió por la mar adentro, tanto, que sin poderse valer por la falta de remos y con la violencia del movimiento de las aguas, que en poco rato perdió de vista la playa.

Fue tanta la pena que al noble Pierres le acometió, considerando el peligro en que se hallaba y en el que dejaba á su amada Magalona, dormida y sola en aquel desamparo, que de la angustia estuvo cerca de perder los sentidos. Por una parte consideraba

la mucha pena y sentimiento que Magalona recibiria cuando le echase de menos: y por otra le despedazaba el corazon la memoria de que no la volveria á ver probablemente jamás. Ya en su frenético delirio le parecia que veia á Magalona sola y perdida en aquellos montes, sin conocer á nadie ni saber qué hacerse; y ya se le figuraba que estaba en los últimos instantes de su vida, porque la borrasca que corria era tan fuerte que unas veces parecia chocar la barquilla con las nubes y otras rozaba con las mas profundas arenas.

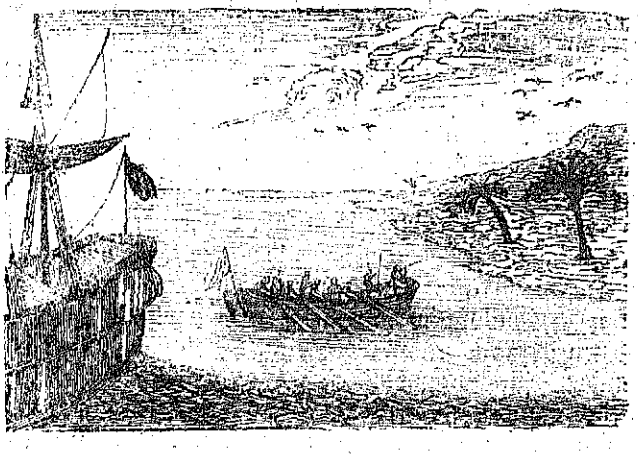
A pesar de tan inminente peligro navegaba impávido el noble Pierres y con serenidad por donde las aguas lo querian llevar, esperando con gran resignacion la suerte que la Divina Providencia le tenia reservada. Perdidas ya las esperanzas por ver la barca cuasi mediada de agua, aguardaba de un instante á otro quedar sepultado en aquel soberbio lago; pero la suerte quiso que no sucediese asi, pues corriendo igual fortuna una fragata de moros que á la sazon venia por aquel sitio, divisaron la barquilla, y llegándose á ella se apoderaron del desdichado Pierres, el cual estaba tan fuera de sentido que hasta pasado mucho tiempo no supo en poder de quien se hallaba.

Sosegada la borrasca dieron vuelta á Constantinopla y llegados á aquella capital presentaron el cautivo Pierres al Gran Sultan, el cual viéndolo tan bizarro y galan, lo estimó en mucho y le hizo su page de cámara desde aquel momento. Viéndose Pierres en tan lamentable estado se resolvió á servir y dar gusto al Sultan, y lo hizo con tal gracia y acierto, que en breve tiempo aprendió perfectamente el idioma turco, y se llevó tras sí el afecto de su señor y el de toda la nobleza musulmana, de forma que para conseguir cualquier gracia del Gran Sultan no habia conducto mas seguro que el de Pierres. Mucho aliviaban las penas de este noble esclavo los singulares favores que el Sultan y los grandes le hacian, pero con todo no eran suficientes á mitigar bastante los disgustos que continuamente le traian á su imaginacion las memorias de su querida Magalona, cuyos disgustos procuraba disimular por no dar nada que entender al Sultan.

En esta forma vivió Pierres cuatro años; y un dia que el Gran Sultan habia ofrecido conceder gracias á todos sus vasallos en celebridad de una gran victoria que habia ganado, aprovechando tan oportuna ocasion se postró Pierres delante de él y le dijo: señor, cuatro años hace que estoy en tu córte, en cuyo tiempo he recibido de tu liberal y poderosa mano tantas honras

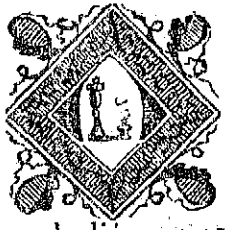
y favores que no es posible sujetarlos á número fijo, de lo que estoy en estremo agradecido; en vista de lo cual vengo determinado á pedirte hoy uno, y es el mayor que me puedes hacer..... Sin dejarlo que acabara su razonamiento le dijo el Sultan: pide lo que tú quieras, que todo te lo concederé. A lo que replicó Pierres: pues señor fiado de esa palabra, te suplico rendidamente me des licencia para pasar á Provenza á ver á mis queridos padres, que hace años no los he visto; este favor te suplica mi humildad, al cual viviré siempre reconocido teniéndolo como el mayor de cuantos he recibido de tu mano.

Cuando el Sultan oyó lo que Pierres le pedia, se quedó al pronto suspenso, y al cabo de un rato le dijo: si hubiese sabido lo que me ibas á pedir no te hubiera dado el sí antes de oirlo; pero bajo la palabra de honor que me has de dar, de que en breve te volverás á mi córte, te otorgo la licencia; dispon el viaje para cuando quisiéras y Alá te guarde. Pierres manifestándole su mucho agradecimiento le besó humildemente la mano y le pidió el pasaporte; el cual mandó se le diese tan ámplio como si fuera para su misma persona, entregándole al mismo tiempo mucha cantidad de moneda, joyas y piedras preciosas, todo lo cual puso en doce toneles; y despedido del Sultan y de toda la nobleza, se fué al puerto donde quiso su buena suerte hallára un navío que partia para Provenza, en el cual se embarcó y dió principio á su navegacion, en la que lo dejaremos por dar cuenta de los sucesos que ocurrieron á Magalona.



CAPITULO VII.

Habiendo despertado Magalona y no hallando á Pierres se fue en trage de peregrina á Roma y de allí á Provenza, donde entró á servir en un hospital, en el cual le pasaron varios sucesos con los padres de Pierres.



UEGO que despertó Magalona y vió que su querido Pierres no estaba junto á ella ni lo alcanzaba á ver, se levantó, con mucha prisa, y andando de uno en otro lado, con grandes y lastimosas voces lo llamaba; mas viendo que no le respondia ni parecia, fue tan grande la angustia que la dió, que acometida de un desmayo cayó en tierra sin sentidos. Vuelta en su acuerdo volvió otra vez á buscarlo, y llamarlo, y viendo que no lo hallaba en parte alguna, fatigada y sin saber que hacerse en aquella soledad, se sentó en una piedra, y llorando amargamente decia: ¿qué delito he cometido contra tí, querido Pierres, para que asi me hayas dejado sola y desamparada en estos montes? ¿dónde está tu ponderado amor y nobles sentimientos? ¿dónde la palabra que con tantos juramentos me ofrecistes cumplir? ¡Mas ay de mí! que no me puedo persuadir que en corazon tan noble quepa tan alevosa maldad. No puedo ni quiero creer que de tu voluntad te hayas ido y me hayas dejado en este total abandono. Sin duda algun traidor te ha muerto: mas si esto es asi, ¿cómo estoy yo viva? ¿á qué desdichada amante la habrá sucedido semejante aventura? ¡Oh fortuna y qué poco tiempo me favoreciste! Si supiera dónde estabas, querido Pierres, yo te iria á buscar, aunque fuera al fin del mundo. Estas y otras palabras decia la afligida Magalona quejándose amargamente de su fortuna, sin dejar por eso de escuchar y ver si podia descubrir algun rastro de su querido Pierres. En este triste estado pasó todo el dia, y viendo que se acercaba la noche temerosa de las fieras que en aquella montaña pudiese haber, se subió en un árbol, donde con indecibles penas y angustias pasó la noche y la amaneció, sin haber podido descansar ni un solo instante. Viendo era ya venido el dia bajó Magalona del árbol, y caminando por el

monte descubrió una ancha senda, por la cual vió que venia una peregrina; esperó que llegara y saludándola la preguntó qué camino era aquel? A lo que la respondió la peregrina (admirada de verla tan hermosa, y sola en aquellos montes), que aquel camino dirigia á Roma, y que si la podia servir de algo la mandase. La hermosa Magalona con muchas lágrimas y corteses palabras, rogó á la peregrina la trocára sus vestidos por los que ella traia, pues para cierto asunto de mucha importancia la convenia disfrazarse. Apiadada la peregrina de las ánsias y lágrimas de Magalona, condescendió con su súplica y cambiando sus vestidos quedó Magalona de peregrina en cuyo trage tomó tambien el camino de Roma con la lentitud consiguiente á persona tan delicada.

Con muchos trabajos y penas caminó Magalona quince dias, al cabo de los cuales llegó á la ciudad de Roma, dirigiéndose en seguida á la gran iglesia del Vaticano, y despues de haber hecho oracion al apóstol San Pedro, á quien con muchas lágrimas pidió por Pierres; anduvo varias veces por toda la ciudad indagando y preguntando á cuantos peregrinos encontraba por su inolvidable querido, mas viendo que ninguno la daba noticia de él, determinó embarcarse para Provenza, por ver si en su tierra se sabian algunas noticias de su paradero. Con este designio se fué al puerto, y hallando una embarcacion que iba á Provenza, ajustó su viaje con el capitan y entrándose en el buque, al dia siguiente levantaron el ancla y se hicieron á la vela.

Veinte dias navegaron con feliz viento y al veinte y uno llegaron al puerto de Provenza. Saltó en tierra Magalona, y entrándose en la ciudad pidiendo limosna á estilo de peregrina, una piadosa muger viéndola tan hermosa y de tan poca edad la recogió en su casa, en la que permaneció algunos dias, en cuyo tiempo tuvo lugar Magalona de informarse por aquella buena muger, de los usos y costumbres de aquel pais, y asimismo de como el conde y la condesa, padres de Pierres, vivian muy disgustados, á causa de que un solo hijo que tenian, hacia ya mucho tiempo que con el motivo de salir á ver mundo faltaba de su casa, y desde su partida no habian tenido noticia alguna de si era muerto ó vivo, con cuyo motivo vivian tanto los condes sus padres, como sus vasallos muy disgustados.

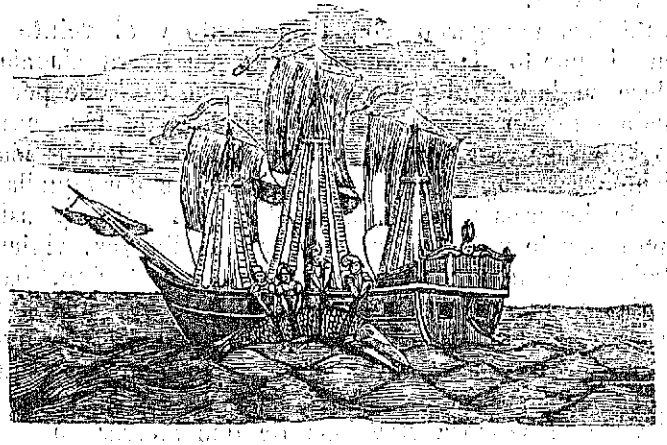
Enterada la hermosa Magalona de que Pierres no habia venido á Provenza, se certificó de que no la habia dejado por su voluntad, y si con el motivo de algun estraño acontecimiento,

y asi se determinó á quedarse en aquella ciudad, hasta ver si con el tiempo se podia averiguar si era muerto ó vivo, ó en qué parage del mundo se hallaba; y para poder hacerlo con mas recato y recogimiento se entró á servir en un hospital, en el cual á honra y gloria del apóstol San Pedro se curaban cuantos pobres peregrinos y navegantes pasaban por aquel pais.

Entrada Magalona en el hospital, ejecutaba las obras de misericordia con tanto ardor y caridad que en poco tiempo se grangeó el sobrenombre de santa, por cuya fama fueron á visitarla entre otras personas notables el conde y la condesa, la cual despues de haber hablado de varias cosas, con muchas lágrimas contó á Magalona el mucho tiempo que faltaba su hijo Pierres de su casa, y ninguna noticia tenian de él, suplicándola encarecidamente rogase á Dios se le tragera. Magalona muy lastimada de las lágrimas de la condesa, la ofreció encomendar á Dios este caso, consolándola con muy dulces palabras. Tan prendada quedó la condesa de la virtud hermosura y discrecion de Magalona, que á mas de ofrecerle su favor y ayuda, era muy raro el dia que no la visitaba, por tener el gusto de conversar con ella un rato.

Mas de tres años vivió la hermosa Magalona, en este santo ejercicio con esperanzas asi ella como la condesa de volver á ver á su querido Pierres, las que al parecer se les frustraron con el caso siguiente.

Entre los peces que los pescadores de aquella playa sa-



caban, un dia venia uno tan grande y monstruoso que por su rareza determinaron regalarlo al conde; llevado que fue y abier-

las sus entrañas le hallaron en ellas las cintas y los tres anillos que el ave se habia llevado. Alborotados los criados con este raro fracaso, se fueron á su señora, y contándola lo que les habia sucedido, le pusieron en la mano los tres anillos, los cuales vistos por la condesa, y conociendo muy bien que eran los mismos que le habia dado á su hijo al tiempo de su partida, y considerando que el traerlos el pescado en las entrañas era indicio cierto de que su hijo Pierres habia perecido en el mar, le dió un desmayo muy fuerte. Alborotóse el palacio con el accidente de la condesa, acudió el conde, y vuelta ella en sí le dijo: ya no tienes, querido conde mio, que esperar nuevas de tu hijo Pierres, pues nos las ha traido infaustas este pescado; aqui las tienes. Imformado el conde de todo lo dicho lloró amargamente la pérdida de su querido hijo, y mandó que en todos sus dominios se hicieran muchos sufragios por su alma.

Pasados los primeros dias de pena fue la condesa á visitar á Magalona pidiéndola encomendára á Dios el alma de su hijo. Contóla todo el suceso, y mostrándola los anillos, al punto conoció Magalona, como que los habia tenido mucho tiempo en su poder; disimulando cuanto pudo la mucha pena que tenia; compadecida al mismo tiempo de la condesa la consoló lo mejor que pudo diciéndola que no porque aquel pescado trajera en las entrañas los anillos era indicio cierto de haber perecido Pierres, pues podia suceder que haciendo una navegacion se le cayeran en el mar, cuyo motivo bastaba para que aquel pescado se los tragára; que no perdiera las esperanzas, pues aun podian no ser ciertas sus sospechas.

Algo se consoló la condesa con los consejos de Magalona, y rogándola encomendára á Dios este asunto se retiró á su palacio, dejando á Magalona tan desconsolada y pesarosa como se puede considerar: en cuyas penas y cuidados las dejaremos para volver otra vez á tratar de los acontecimientos que sucedieron á Pierres.

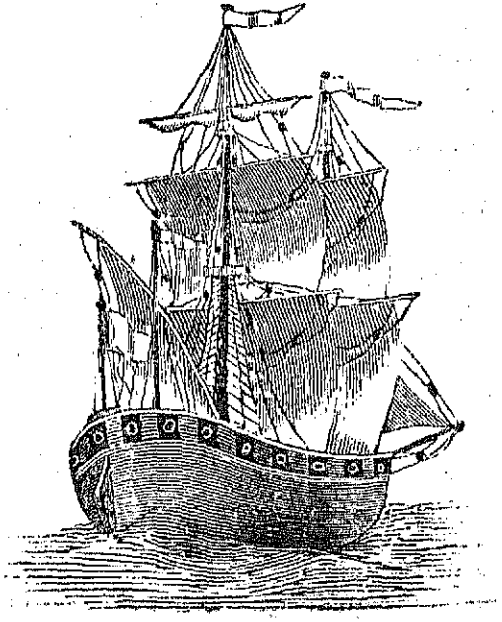
CAPITULO VIII.

Siguiendo Pierres su navegacion saltó en tierra en una Isla despoblada, en la cual se quedó abandonado, y estando ya para morir de hambre fue socorrido por unos pescadores.

EMBARCADO Pierres, como arriba se dijo en el navio que iba á Provenza, con los doce toneles llenos de moneda y especialísimas joyas, los cuales dijo al capitan del navió venian llenos de sal para un hospital de dicha ciudad, navegaron quince dias con viento tan próspero que al cabo de dicho tiempo se hallaron á mas de la mitad del viaje, y con el motivo de tomar agua fresca, que les hácia falta, determinó el capitan aproximar el navio á una pequeña isla desierta que en aquel parage se descubria; pusiéronlo en ejecucion, y entre tanto que el navio se proveia de la agua necesaria, saltó Pierres en tierra, y entrándose por un espeso y florido valle, divertido en su amenidad, se desvió tanto de la playa, que cuando quiso volverse, perdido el tino, no acertaba á salir al sitio donde habia entrado, y caminando á un lado y á otro le sobrecogió la noche, con cuya obscuridad le fue imposible volver al navio, á pesar de haber oido la señal del cañonazo de levantar el ancla.

En tan apurado lance, rendido de fatiga, estenuado por la falta de alimento que empezaba á sentir, y terriblemente conmovido al considerar la fatal estrella que le perseguia, cuya série de infortunios le habian conducido á la triste situacion en que se hallaba, empezaron á faltarle las fuerzas, se dejó caer al suelo desmayado, y por largo rato permaneció sin sentálo; volvió finalmente en sí, la noche habia cerrado enteramente, de modo que no se distinguian los objetos á seis pasos de distancia; sin embargo, se levantó como pudo lleno de temor, hincó las rodillas, y levantadas las manos al cielo hizo una humilde oracion suplicándole al Señor, que le mirase con ojos de piedad librándole de tal conflicto.

Habiendo tomado el capitan todo lo que hacia falta y viendo que habia entrado la noche, llamó á los que habian saltado en tierra para darse á la vela, y viendo que faltaba Pierres, entraron por el valle y á grandes voces le llamaron; mas él estaba tan retirado que nada pudo oir, en vista de lo cual entraron todos á bordo, y por última señal dispararon algunos cañonazos, y aguardaron un poco mas de tiempo por ver si vendria, pero nada se consiguió. Viendo el capitan que no parecia, y que el viento ve-



nia favorable para su navegacion, tendió las velas, y siguiendo su designado rumbo se dirigió á Provenza.

Luego que hubo arribado á dicho puerto, descargó el capitan su navío, y echando en tierra los doce barriles de Pierres, mandó los entregasen al hospital de san Pedro, pues sabia por su dueño que venian para dicho hospital, los cuales fueron entregados á Magalona, diciéndola tomára aquellos doce barriles de sal, que segun declaracion de un caballero que venia en

aquel navío, y se habia quedado en una isla bastante distante de allí, traia para darlos de limosna en favor de aquel establecimiento. Magalona tomó los barriles, agradeciendo la buena obra, y un dia que le hizo falta sal para el gasto de su hospital, abrió uno, y viendo que venia lleno de moneda y otras alhajas de inestimable valor, abrió los restantes, y hallándolos todos llenos de la misma especie de moneda y alhajas, los dejó quietos por si parecia su dueño; mas viendo que ya era pasado mucho tiempo, y nadie preguntaba por ellos, determinó gastar aquellas alhajas y moneda en aumentar el hospital y acrecentar la iglesia y sus adornos; hízolo asi, y en breve tiempo concluyó la obra con admiracion de todos los naturales y estranjeros. En cuyas buenas obras la volveremos á dejar y trataremos del desconsolado Pierres.

Luego que amaneció empezó Pierres á caminar por valles y selvas, hasta que al fin acertó á llegar á la playa donde habia dejado el navío, y viendo no estaba allí ni se descubria en cuando alcanzaba la vista, lleno de mortales angustias se sentó en una alta peña, y con muchas ánsias se quejaba amargamente de su fortuna, pues que despues de haber perdido á su muy cara y amada Magalona, y de haber estado tanto tiempo en poder de infieles, pensando ya que sus desdichas iban á tener fin, se hallaba en una isla desierta sin tener qué comer ni en dónde poderse albergar, en cuyo desamparo era indispensable rendir la vida.

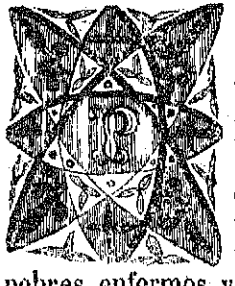
Estas y otras sérias reflexiones estaba haciendo el triste y desamparado caballero, con lo cual se le fue pasando el dia, y viendo que la noche caminaba con paso presuroso, por librarse del mucho frio que en aquella tierra hacia y temeroso de la voracidad de las fieras que pudiese haber, se levantó, y discurriendo por aquellos valles halló una pequeña y angosta cueva, en la cual se entró obligado del mucho frio que ya hacia; pero temiendo siempre encontrarse con alguna fiera. Allí pasó la noche con tanta pena como se deja entender. Venida la mañana salió de su albergue y hostigado por el hambre, comió de algunas frutas silvestres que aquel pais producia. Se fué hácia la playa por ver si de alguna embarcacion podia ser socorrido; y acabado el dia, sin hallar consuelo humano, se volvió á la cueva á pasar la noche.

Ocho meses estuvo el desamparado Pierres en esta despoblada isla, en cuyo tiempo no comió otras viandas que las pocas y desabridas frutas silvestres que producia, con cuyo motivo se quedó tan flaco y estenuado que apenas podia ya andar lo poco

que habia desde la cueva á la playa, en la cual estando una mañana repasando el proceso de su desdichada suerte, y pensando en el estado en que se hallaria su querida Magalona, le acometió un desmayo que cayendo en tierra sin sentido se quedó como muerto. En esta forma estaba el noble caballero cuando arribó á la isla una embarcacion mercante, que necesitados de agua saltaron en tierra para tomarla: como viesen aquel gallardo mancebo tendido en el suelo, pensando estaba muerto se llegaron á él, y viendo que aun respiraba, movidos de cristiana caridad le llevaron á la barca, y arropándole y dándole algunos licores le volvieron del desmayo. Vuelto en su acuerdo, el noble Pierres agradeció lo mejor que pudo á los marineros la obra de caridad que con él habian hecho, y no teniendo otra cosa con qué pagarles aquella accion, se quitó un hermoso anillo que valia mas que la barca, y dándosele al patron de ella, le dijo: que tomándose para sí la mayor parte de su valor, distribuyera lo restante en los demas marineros, los cuales, conociendo el mucho valor del anillo, quedaron muy contentos con la paga.

CAPITULO IX.

Llega Pierres á Provenza con la embarcacion y hospedándose en el hospital fue conocido de Magalona y ella de Pierres.



IERRES sin descubrirse, suplicó al patron dirigiese el rumbo á Provenza; este se lo ofreció y dieron principio á su navegacion, en la cual hablando los marineros entre sí de varias cosas, trataron del magnífico hospital de san Pedro, de la suntuosa obra que en él habia hecho una hospitalera; de la mucha hermosura de esta y de la grande caridad con que asistia á los pobres enfermos y peregrinos; de forma que tanta fue la exageracion y alabanzas de los marineros, que movida la piedad de Pierres, ofreció al apostol san Pedro que si llegaba con felicidad á Provenza habia de servir á los pobres en su hospital un mes, antes de ir á ver á sus padres. Con este buen propósito siguieron su navegacion y en breve tiempo llegaron á Provenza; saltaron

en tierra y Pierres se fue hácia el hospital á cumplir la promesa que habia hecho de servir un mes á los pobres enfermos; mas iba tan flaco y delicado que fue preciso meterse en una cama como enfermo. Acudió Magalona á cuidar de su salud, y sin conocerle se interesó tanto por él que mandó lavarle y le suministró todo lo necesario para su alivio. Ocho dias estuvo Pierres en la cama, sin ser conocido de Magalona ni esta de Pierres, en cuyo tiempo notó ella que Pierres continuamente no dejaba de suspirar. y movida de caridad se llegó á él y le dijo con mucho amor: hermano mio, por qué suspirais tanto? Si os hace falta alguna cosa, decidmelo, y al punto se os administrará, pues en esta santa casa nada falta. Pierres la agradeció mucho su oferta y la respondió que nada necesitaba, que la causa de sus pesares no tenia remedio. Volvió Magalona con mucho cariño á decirle, que á veces donde menos se esperaba solian hallar alivio los mayores cuidados y que las penas comunicadas, cuando no tuviesen entero remedio, por lo menos tenian algun alivio. Con cuyas razones y el mucho agrado de Magalona se determinó Pierres á contarle la causa de sus tristezas; y asi, sin citar nombres ni patria, la contó en compendio toda su historia, trabajos y aventuras, encareciéndola sobre todo, que la mayor pena que tenia, era haber dejado aquella noble y hermosa doncella en tal desamparo y peligro, y no saber en qué fortuna ó desgracia habria venido á parar.

Certificada Magalona de que aquel era Pierres, fue menester se valiera de toda su prudencia para no darle á entender el mucho gozo que de la relacion habia recibido, y disimulando cuanto pudo le dijo: hermano mio, no os acongojeis, que quien os ha sacado y librado de tantos y tan grandes peligros os dará á vuestra cara y deseada esposa: tened paciencia y confianza en Dios, y creed que despues de las tribulaciones se siguen los placeres: yo de mi parte se lo pediré al apóstol San Pedro, á quien está dedicado este santo hospital. Diciendo esto se despidió de Pierres, dejándole algun tanto mas consolado que estaba antes.

Retiróse Magalona á su retrete, dió muchas gracias á Dios por el beneficio tan grande que la habia concedido en el hallazgo de su querido Pierres; en toda aquella noche no pudo dormir de alegria y alborozo que tenia. Venida la mañana hizo que sigilosamente la trageran varias telas de oro y brocados, de los cuales mandó hacer muy costosos vestidos para ella y Pierres, y hechos que fueron, un dia que Pierres estaba mejor

y habia cobrado fuerzas, le llamó á su aposento, en el cual estaba Magalona vestida con el mismo trage que cuando salió de su tierra, pero tapada lo mas de la cara con las tocas para que no la conociese. Hizo á Pierres se sentára, y volviendo á hablar de sus aventuras, le dijo Magalona: caballero, si en el dia de hoy viérais á vuestra querida, qué haríais? Y respondió Pierres: estoy cierto que el gusto de verla me habia de costar la vida; á lo que replicó Magalona: pues prevenios para morir porque estoy cierta que hoy ha de llegar á esta casa y la habeis de ver sin falta alguna; en vista de lo cual ved ahora qué me dareis en albricias de esta tan gustosa noticia? Pierres alborozado y lleno de confusion; la dijo: señora, ha llegado á tanto mi pobreza, que no tengo otra cosa con qué pagaros tan gustosa nueva que con un eterno agradecimiento y un singular afecto. Magalona le respondió: este es el que yo estimo, y en recompensa veis aqui á vuestra querida esposa Magalona; y dejando caer las tocas que cubrian su hermosa cara, la conoció Pierres, de cuyo no esperado gozo le dió un accidente que estuvo mucho rato fuera de sentido. Vuelto en su acuerdo le echó los brazos al cuello, y con muchas lágrimas, asi Pierres como Magalona, se dieron sin hablar palabra uno á otro mil parabienes. Despues se sentaron, y largamente contó Magalona á Pierres todas sus aventuras y trabajos desde que se quedó sola en el monte hasta el estado presente; y asimismo le dió cuenta de los doce barriles de moneda y joyas que habia recibido del capitan del navío, de los cuales habia gastado la mayor parte en reedificar y aumentar aquella santa casa. Todo lo dió por bien hecho Pierres, y siguiendo su historia, la contó á Magalona cuantos trabajos y aventuras le habian pasado desde que faltó de su amable compañia.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron el dia, y llegada la noche, Pierres se retiró á su cuarto y Magalona se quedó en su retrete tan contenta y gustosa con el hallazgo de su querido Pierres como lo estaba este con su dulce y amada Magalona.

CAPITULO X.

Pierres y Magalona se presentaron al conde y á la condesa, los cuales en celebridad de tan feliz acontecimiento mandaron celebrar muchas fiestas y regocijos, á los que siguieron las bodas, en cuyo estado vivieron dilatados años, colmados de felicidades.

L dia siguiente propuso Magalona á Pierres que si le parecia bien, que ella iria á dar cuenta á sus padres de su venida, á lo que respondió Pierres, que aun no era tiempo, porque él habia hecho voto de estar en aquel hospital sirviendo á los pobres un mes, antes de presentarse á sus padres, y que aun le faltaban cuatro dias para cumplirlo; á lo cual respondió Magalona, que ella dispondria de forma que se les diera algunas esperanzas para su consuelo, sin asegurárselo del todo. Pierres se conformó con el parecer de su querida Magalona; la cual se fue á casa de los padres de Pierres (que como se ha dicho la estimaban mucho) y sacando la condesa la conversacion de la ausencia de su querido hijo, la dijo Magalona: *Señora, no os acongojeis, pues me atrevo á aseguraros, que antes de cuatro dias vereis á vuestro hijo en esta casa, libre de todo mal; no os digo mas por ahora, encomendaos á Dios, que todo se cumplirá como yo os lo digo.* Con esto se retiró Magalona á su hospital, dejando á los padres de Pierres tan sorprendidos y al mismo tiempo consolados como se deja discurrir.

Pasados los cuatro dias, y llegado el domingo, se fueron el conde y la condesa al hospital de Magalona, por verla y preguntarla cómo no se habia cumplido la oferta que les habia hecho; mas Magalona que esperaba esta ocasion, los tomó por la mano, y entrándolos en su aposento; les dijo que esperasen alli un rato. Los condes muy gustosos se sentaron por ver en qué paraban sus esperanzas, y en el ínterin dijo Magalona á Pierres que se vistiera con las ropas que le habia mandado hacer, y ella se adornó ricamente al estilo de su pais, y juntos entraron en el cuarto donde estaban los condes.

Luego que Pierres vió á sus padres, hincó la rodilla en tierra, y con mucha humildad les besó la mano, y presentándoles á Magalona les dijo: esta que aqui veis, es aquella por quien yo me partí de vuestra amable compañía; es hija del rey Turlino de Suecia y mi muy querida, amada y prometida esposa. Atónitos y confusos se quedaron el conde y la condesa con tan repentina y plausible novedad, y sin detenerse en pensar ninguna especie de averiguacion, se arrojaron á ellos y con muchas lágrimas de alegria les abrazaron tiernamente. Contar los estremos de cariño que el conde y la condesa hicieron no es posible, por lo que los dejo á la consideracion del discreto lector; y siguiendo la historia, diré en conclusion: que todos juntos se fueron al palacio del conde, en el cual informados minuciosamente de las aventuras y trabajos que asi Pierres como Magalona habian pasado, se divulgó por la ciudad y fueron visitados de toda la nobleza, que con muchos regocijos y fiestas públicas celebraron la venida de su señor Pierres y la hermosa Magalona, para cuyas bodas se inventaron muchas máscaras, torneos y otras diversiones que duraron mas de un mes. Con singular gusto y alegria vivian los dos queridos esposos, Pierres y Magalona, no menos gustoso el conde y la condesa con la amable compañia de su querido hijo y de la hermosa Magalona, á quien estimaban con tanto amor como á Pierres; diez años disfrutaron de estas satisfacciones, al cabo de los cuales adoleció el conde de una mortal enfermedad que le llevó al sepulcro, y al poco tiempo murió igualmente la condesa, cuyos cuerpos fueron sepultados con la debida decencia y pompa en la Iglesia de San Pedro.

Pierres y Magalena tuvieron un hermoso hijo, que fue valiente y esforzado caballero; el cual por muerte de sus padres, al cabo treinta años, heredó el condado y todos los Estados de Provenza.

FIN.

HISTORIAS

QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA MISMA IMPRENTA.

	Pliegos.
Oliveros de Castilla y Artus de Algarve.	5
Carlo-Magno y los doce pares de Francia.	4
Roberto el Diablo.	4
El Conde Partinoples.	4
Clamades y Clarmonda ó el Caballo de Madera.	4
Flores y Blanca-Flór.	4
Pierres y Magalona.	4
Aladin ó la Lámpara Maravillosa.	4
Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno.	4
El Nuevo Robinson.	4
Simbad el Marino.	4
Orlando Furioso.	4
El Emperador Napoleon.	4
Doña Blanca de Navarra.	4
El general carlista Cabrera.	4
El ex-regente Espartero.	4
D. Martin Zurbano.	4
D. Diego Leon.	3
El Conde de Montemolin.	3
Zumalacárregui.	3
D. Pedro el Cruel.	3
Doña Juana la Loca.	3
Bernardo del Carpio.	3
Gonzalo de Córdoba.	3
Hernan Cortés ó la conquista de Méjico.	3
Los siete infantes de Lara.	3
La Guirnalda Milagrosa.	3

	Pl
La Hermosa de los cabellos de oro	
D. Pedro de Portugal.	
Tablante de Ricamonte.	
La Doncella Teodora.	
Ana Bolena.	
La Española Inglesa.	
La Heróica Judith.	
Noches Lúgubres de Cadalso	
Matilde y Malek-Adhel.	
Abelardo y Eloisa.	
El Marqués de Villena ó la Reina Encantada.	
El Conde de las Maravillas	
El robo de Elisa ó la Rosa Blanca encantada.	
La Garduña de Sevilla.	
El Bastardo de Castilla ó el Castillo del Diablo.	
Santa Genoveva.	
San Alejo.	
San Amaro.	
San Albano	
Ntra. Sra. de Monserrat y penitencia de Fr. Juan Garin.	
El Papa Pio IX.	
El valeroso Sanson.	
Francisco Esteban el Guapo.	
El Marqués de Mántua.	
La Creacion del Mundo.	
El Diluvio Universal.	

(Se continuará.